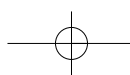
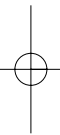


Mareas peligrosas

La Romántica



Christine Feehan
Mareas peligrosas
Las hermanas Drake IV

Traducción de Raquel Duato García

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con establecimientos comerciales, escenarios o acontecimientos es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Título original: *Dangerous Tides*

© Christine Feehan, 2006
Publicado de acuerdo con Jove Books, un sello de The Berkley Publishing Group /
Penguin Books (EE. UU.)
© por la traducción, Raquel Duato García, 2009
© Editorial Planeta, S. A., 2009
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

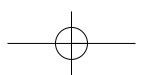
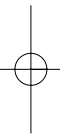
Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño, División Editorial
del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Vanessa Ho
Fotografía de la autora: © Cassandra Young
Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2009

Depósito legal: B. 25.370-2009
ISBN: 978-84-08-08772-4
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

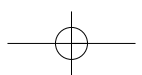
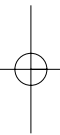
Biografía

Christine Feehan ha publicado más de treinta novelas, agrupadas en cuatro series. Su novela de debut, *El príncipe oscuro*, ganó tres de los nueve premios Paranormal Excellence Awards de literatura romántica en 1999. Desde entonces ha recibido numerosos galardones, incluidos siete premios PEARL, varias nominaciones a los premios RITA y un galardón al conjunto de su carrera otorgado por la revista *Romantic Times*. Sus obras, que han sido traducidas a numerosos idiomas y publicadas en todo tipo de formatos (incluido el *manga*), alcanzan regularmente los primeros puestos de las listas de libros más vendidos.

Más información en: www.christinefeehan.com

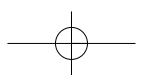
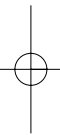


Éste es un libro especial para mí que le quiero dedicar a mi niñera, Nanci Goodacre. En un momento de mi vida en el que pocas personas creyeron que pudiera llegar a publicar un libro, no sólo me animó, sino que también me ayudó, quedándose hasta muy tarde para transcribir mis historias escritas a mano con un viejo procesador de textos. Es una madre maravillosa y una excelente niñera, pero lo más importante es que en ella podemos encontrar todo aquello sobre lo que estos libros realmente tratan: el amor por la familia, la fuerza, la magia de las hermanas, y ¡el apoyo incondicional cuando más lo necesitas!



Agradecimientos

Fue una verdadera suerte encontrar a Will Prater, el piloto del helicóptero Huey con el que a menudo se llevan a cabo rescates desde el aire y sobre el agua en la costa del norte de California, la zona donde se encuentra Sea Haven, el mítico pueblo en el que transcurre la historia. Pasó horas conmigo, mostrándome el equipo de rescate, vídeos de operaciones reales y el propio helicóptero. Me explicó con paciencia cada fase del rescate y respondió a todas mis preguntas. Él y todos los hombres del Departamento Forestal de California, especialmente los encargados de la Howard Forest Station, son personas extraordinarias que realizan un servicio heroico.



Capítulo 1

El suave gemido del viento se transformó en un inquietante sonido, parecido a un lamento humano. Las olas chocaban contra las recortadas rocas, formando espuma blanca y salpicando agua al aire. El sonido era ensordecedor, grandes estruendos atronadores que resonaban a lo largo de los acantilados. La intensa lluvia había dejado las formaciones rocosas inestables, pero Drew Madison ignoró las señales de alerta y saltó la valla para avanzar por la inestable tierra que se desmoronaba cerca del borde.

El agua, como un oscuro brebaje, se agitaba al pie de los prominentes acantilados. La imagen era cautivadora y, por mucho que se esforzara, no podía apartar de ella su mirada o dejar de escuchar las voces que murmuraban a su alrededor, llamándolo una y otra vez. Se pasó la mano por la cara para despejarse. La tenía mojada, pero no sabía si era a causa de la llovizna o de sus propias lágrimas. Las olas retumbaron de nuevo, esa vez fue un sonido hueco para sus oídos, un alma perdida tan angustiada como él. Una llamada.

Se obligó a taparse las orejas con las manos para apagar aquel lastimero aullido, pero el viento lo golpeó, exigiendo atención, insistiendo en que lo escuchara. Dio un traspíe hacia atrás, meneando la cabeza, tambaleándose sólo por un momento. «Déjate llevar. Déjate llevar», le urgían las voces en el viento. La libertad se hallaba a sólo unos pasos.

—¡No! —Movió la cabeza a un lado y a otro, y buscó a su espalda la seguridad de la valla. Sus dedos se aferra-

ron a la madera con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Llevó la mirada, entonces, hacia sus manos, obligándose a apartar la vista de las agitadas aguas que se movían allá abajo. Tenía que decírselo a alguien, explicar lo que estaba sucediendo. Pero ¿a quién podía contárselo? Lo encerrarían si les decía que las mareas eran peligrosas. Algo vivía allí, y estaba hambriento.

Hannah Drake estaba de pie en el mirador de la azotea contemplando el mar. El viento la golpeó con inusual furia, haciendo que su larga melena le azotara la cara. Las olas retumbaban implacablemente, y en algún lugar en la distancia, creyó oír un grito. Hannah se acercó más a la baranda de protección y se volvió hacia la dirección de la que creía que el esquivo sonido había llegado. Tres veces se había sentido inquieta y ninguna de las tres había logrado encontrar la causa.

Miró su casa. Allí la esperaban sus hermanas con su calidez y felicidad llenando el frío vacío, pero aún no podía reunirse con ellas. Tenía que intentarlo una vez más. Echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo. Las nubes ocultaban parcialmente la luna, proyectando oscuras sombras sobre su luz. Se quedó sin aliento cuando vio el doble anillo alrededor de la luna, que cambiaba de rojo oscuro a negro.

—¡Hannah! —la llamó Libby—. Ayúdame. ¡Se están metiendo conmigo!

Hannah se abrazó a sí misma, arrebujando el jersey a su cuerpo, y se apresuró a entrar de nuevo en su casa, en busca de la seguridad de su hogar. Pronto habría problemas, pero no sabía dónde, ni a quién afectarían. Necesitaba las risas y la camaradería de sus hermanas para disipar el miedo que crecía en su interior. A veces sus dones eran una maldición.

Libby deslizó el brazo alrededor de Hannah mientras bajaban juntas la escalera.

—¿Te encuentras bien? Estás temblando de frío.

—Estoy bien. Deseando pasar la noche todas juntas —respondió Hannah mientras estrechaba con fuerza a Libby; el simple hecho de tocarla podía hacer que desaparecieran sus miedos. Cuando se reunió con sus hermanas, se obligó a sonreír mientras se tiraba al suelo en el acogedor círculo que habían formado—. Y bien, ¿me podéis explicar por qué os estáis metiendo todas con Libby? —Miró una última vez hacia la ventana y luego se volvió. No podía hacer nada, así que dirigió su atención a sus hermanas y se dejó envolver por la agradable sensación de estar con ellas.

—Lo único que he dicho es que estoy cansada de ser una santurrona. Voy a cambiar mi imagen por completo y me voy a transformar en una «chica mala» —anunció Libby.

—Libby, eres muy graciosa —dijo Sarah Drake a su hermana pequeña—. No tienes ni una pizca de maldad en tu cuerpo. Aunque quisiera nunca podrías ser una chica mala.

Libby frunció el ceño y luego miró furiosa los rostros que la rodeaban.

—No soy tan buena como todas creéis.

—Oh, ¿en serio? —Joley Drake enarcó una ceja desde el suelo, donde estaba tumbada—. Nombra a una sola persona en el mundo a la que te gustaría mandar a la Luna. Alguien a quien desprecies por completo.

Las risas sonaron por toda la estancia.

—Eso que te propones es imposible. —Hannah se inclinó y besó a Libby en la sien—. Todas te adoramos, cariño, pero tú verdaderamente no llevas en la sangre eso de ser una chica mala. No eres como yo... ni como Joley. —Miró a su hermana más pequeña—. Ni como Elle.

Las risas se intensificaron y Elle se encogió de hombros.

—La culpa es del color de mi pelo. Soy pelirroja, así

que yo no me responsabilizo de mi... eh... mi interesante personalidad.

—Es muchísimo más divertido ser mala —comentó Joley, sin mostrar ninguna señal de arrepentimiento—. Nadie espera que hagas lo correcto y nunca te ves realmente metida en un lío. Cuando éramos niñas mamá y papá nunca me pidieron que fuera educada y amable con la gente, sólo que midiera mis palabras. —Cogió una galleta y se incorporó para beberse el té—. Intenté explicarles que ya lo hacía, que me venían a la cabeza cinco cosas y yo escogía la menos ofensiva, pero aun así no estaban muy contentos.

Elle sonrió a Joley por encima de su taza de té.

—Se acostumbraron a que el director del colegio los citara en su despacho. Tengo suerte de haber nacido después de ti porque me allanaste el camino a pesar de que yo discutía todo el tiempo con los profesores y el orientador dijo que tenía problemas con la autoridad.

—A mí nunca pudieron pillarme haciendo alguna trastada —intervino Hannah, soplando las uñas y sacándoles brillo con aire satisfecho—. Uno o dos profesores sospechaban que yo tenía algo que ver con las ranas que salían de las mesas de algunas chicas que me resultaban antipáticas, pero nadie pudo probarlo.

Libby suspiró.

—Yo quiero ser así. Odio ser una buena chica.

—Pero tú eres una buena chica —señaló Kate, dándole palmaditas en la rodilla—. No puedes evitarlo. Incluso cuando eras una niña ya tenías causas por las que luchar. No podías meterte en líos porque estabas demasiado ocupada salvando al mundo. Eso no es malo.

—Y no tienes malos pensamientos, Lib —añadió Abigail—. No va contigo.

—Eres responsable —comentó Sarah—. Eso es bueno.

Libby, que estaba sentada con las piernas cruzadas, se cubrió el rostro con las manos y gruñó en voz alta mien-

tras se inclinaba hasta apoyar la cabeza en el regazo de Hannah.

—No, es tan aburrido. Soy un completo aburrimiento. Quiero ser mala hasta la médula. Salvaje. Impredecible. Cualquier cosa menos la buena y sería de Libby.

—Te teñiré el pelo, Lib —se ofreció Joley—. Las puntas de rosa fosforescente y mechadas moradas y rosas.

Libby la miró por entre los dedos que cubrían su rostro.

—No puedo teñirme las puntas de rosa fosforescente y hacerme mechadas moradas y rosas. No me tomarían en serio cuando fuera a trabajar al hospital. ¿Os imagináis la reacción de los pacientes?

Joley frunció el ceño.

—Ésa es la cuestión, Lib. Tú quieres una reacción. Deja a un lado la prudencia y el sentido común. El hecho de cambiarte el color del pelo no va a hacer que seas peor doctora. Además, sabes que te respetan tanto como a cualquier otro profesional.

Libby se apartó las manos de la cara y cogió una galleta, un acto de suma importancia porque, en ese momento, necesitaba el consuelo de la comida casera.

—Tengo previsto hacer un viaje con Médicos sin Fronteras y no puedo ir a África con el pelo rosa.

—Por supuesto que puedes. A los niños les encantará —insistió Joley.

—Contigo es diferente, Joley. Tú eres una artista. La gente espera que seas rebelde y alocada. Yo, sin embargo, tengo que tener cierta imagen.

—¿Por qué? —El plato de galletas estaba vacío, y Joley agitó las manos en dirección a la cocina. En seguida, el plato se elevó en el aire y flotó hacia aquella estancia de la que llegó el aroma de galletas recién hechas hasta el salón.

—Mirad cómo presume Joley —comentó Elle—. Le costó una eternidad aprender a hacerlo.

Joley intentó darle a Elle con un periódico enrollado.

—No es cierto. Ya lo hacía antes de que tú nacieras.

Céntrate en el tema que nos ocupa, arpía, intentamos enseñar a Libby a ser una chica mala.

—Y hablando de arpías —se defendió Elle—. Cuando intenté despertarte esta mañana, gruñiste y me amenazaste con tirarme desde la torre al mar lleno de tiburones.

Joley le dio un codazo a Libby.

—¿Ves, cariño? Así actúa una chica mala. ¿Acaso me levanté y pasé la aspiradora como su majestad deseaba? No, seguí durmiendo hasta tarde y ella lo hizo por mí.

—¡Qué más quisieras! —espetó Elle—. Yo no hice tu trabajo. Lo hizo Libby para que pudieras recuperar el sueño perdido que no tendrías si no te quedaras despierta hasta las tantas.

Se oyó un gruñido colectivo.

—Oh, Libby, no me digas que lo hiciste tú. —Joley intentó parecer decepcionada, pero sólo consiguió atragantarse con la risa.

Libby agachó la cabeza de forma que su mata de pelo negro le cayó formando una nube alrededor del rostro y los hombros.

—Pensé que podrías necesitar unas cuantas horas extras. No fue para tanto.

Sarah abrazó a Libby.

—Eres increíble y ni siquiera te das cuenta.

—No, no lo soy —insistió Libby—. Quiero ser una arpía. Pero no quiero teñirme el cabello. Lo siento, Joley, gracias por intentarlo, pero de verdad, el pelo rosa no es para mí.

Joley le sonrió.

—¿Lo ves? Lo estás haciendo otra vez, intentas no herir mis sentimientos. Tendríamos que montar una escuela para chicas malas. Sería la única vez en tu vida que no sacarías un sobresaliente.

Libby alzó la barbilla y miró furiosa a su hermana.

—Podría sacar un sobresaliente en la asignatura de chicas malas. Yo siempre saco sobresalientes.

Joley se encogió de hombros.

—Yo intentaba no sacar buenas notas, porque una vez empiezas, mamá y papá quieren que continúes haciéndolo y entonces estás perdida.

Hannah dio un empujoncito a Joley con el pie.

—Buena filosofía. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. —Agitó la mano hacia la cocina—. Y nunca acabas una tarea. Si por ti fuera, podríamos morir todas sin que tú hubieras acabado de preparar las galletas.

—¿Has preparado esas tan ricas que llevan una capa de mantequilla, Hannah? —preguntó Kate—. Ésas me encantan.

—Para ti sí. —Hannah sonrió a Kate y, a continuación, se volvió para dirigir una dura mirada a Sarah—. Pero no para ti, porque te pusiste de parte de Jonas Harrington acerca de la película la otra noche, así que estás castigada y las tuyas no llevarán ninguna capa.

—Hannah —protestó Sarah—. No puedes privarme de algo porque me guste una película que a ti no te gustó.

—No te estoy privando de ellas porque te gustara la película, traidora. Lo hago porque lo reconociste delante del troglodita y le alimentaste el ego.

—Estoy segura de que Sarah no pretendía ponerse de parte de Jonas —intervino Libby, provocando otro estallido de carcajadas.

—No tienes remedio, Lib —exclamó Hannah—. Te estoy demostrando cómo ser una arpía y tú no pillas el concepto.

Una ráfaga de viento atravesó la casa cuando la puerta del salón se abrió para dar paso a un hombre alto de espalda ancha. Jonas Harrington, el sheriff local, cerró la puerta de un golpe a su espalda y entró como si fuera el amo y señor del lugar.

Hannah dirigió la mirada hacia la enorme ventana que daba al mar. El corazón le latió con fuerza en señal de repentina alarma. La furia del viento desplazaba las oscuras

nubes a gran velocidad, pero no logró ocultar el círculo rojo como la sangre que se filtraba en el ennegrecido anillo que rodeaba la luna. Hannah se llevó la mano a la garganta, en un gesto puramente defensivo, al tiempo que su mirada se encontró con la de su hermana más pequeña. Los ojos de Elle reflejaban esa misma sensación de un peligro inminente.

—¿Hannah? —Libby le acarició el brazo para reconfortarla—. ¿Ocurre algo?

Para distraer a sus hermanas, Hannah hizo un gesto hacia el sheriff y gruñó.

—Hablando del rey de Roma. Os juro que es como si al oír susurrar su nombre apareciera como un diablo venido del infierno.

Joley dio un golpecito con el codo a Libby.

—¿Ves?, a eso se le llama medir las palabras. Ella estaba pensando cosas mucho peores. ¿Verdad, Hannah?

Hannah asintió.

—Ya lo creo. —Sintió el instantáneo cambio de dirección del poder que se percibía en la estancia, el sutil flujo de sus hermanas que inconscientemente la ayudaban, evitando que cayera en la maldición de tartamudear o algo peor, como tener uno de sus ataques de pánico, por el simple hecho de que alguien que no fuera un miembro de la familia se encontrara con ellas.

—Hola, Barbie —la saludó Jonas, provocándola con aquel apodo que detestaba—. Es imposible que puedas enseñar a Libby a ser una arpía. Tú naciste así. Ella, sin embargo, es toda bondad. —Cogió un puñado de galletas cuando el plato pasó flotando junto a él y lanzó con habilidad la chaqueta al sofá sin siquiera mirar.

—¿Por qué no le muerden tus detestables perros guardianes? —preguntó Hannah a Sarah—. La próxima vez que uno de ellos quiera comida, les recordaré que no cumplen con su deber más importante.

Sarah se encogió de hombros.

—Jonas les gusta.

—Tienen buen gusto —comentó Jonas con una sonrisita de suficiencia, mientras se sentaba en el suelo, haciéndose sitio entre Hannah y Elle—. Muévete, bizcochito. —Empujó con la pierna el muslo de Hannah—. Hoy me sumo a la reunión familiar.

Hannah abrió la boca para hablar, pero la cerró de repente mientras estudiaba las severas arrugas que rodeaban la boca de Jonas y percibía que la sonrisa no se reflejaba en sus ojos. Ella sabía, al igual que todas sus hermanas, que cuando algo iba terriblemente mal en el trabajo, Jonas buscaba el consuelo de la gente que consideraba su familia y del único lugar al que llamaba hogar, así que, en lugar de hablar, Hannah agitó las manos trazando un elegante y complicado dibujo hacia la cocina, y de inmediato la tetera silbó.

—Libby quiere ser una chica mala —anunció Sarah.

Jonas arqueó las cejas y lentamente una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Libby, cariño, es imposible que puedas ser corrompida por el resto de tus hermanas. Eres demasiado dulce.

Libby le lanzó una furibunda mirada, totalmente exasperada.

—No lo soy. ¡Vamos, hombre! Podrías ayudarme un poco. Tengo la capacidad de ser tan mala como el resto de mi familia.

—¡Eso, eso! —exclamó Elle—. Bien dicho, hermana. Joley asintió con la cabeza.

—No es cierto, pero bien dicho —afirmó.

Hannah levantó la palma de la mano y una taza de humeante té flotó desde la cocina hasta el círculo, la cogió con cuidado, sopló hasta que las burbujas desaparecieron, y se la pasó a Jonas.

—¿Y por qué quieres ser una chica mala? —preguntó Jonas.

—Mi vida es aburrida. Aburridísima —respondió Libby,

arrastrando las sílabas de la última palabra—. Quiero divertirme. No quiero seguir siendo Libby la responsable.

—Entonces, ¿dejarás Médicos sin Fronteras y tus causas como Salvad a las Ballenas y Apoyo al Rescate de los Grandes Felinos? —preguntó Jonas. Luego chasqueó los dedos y añadió—: Y desde luego tienes que dejar de reciclar y eso que haces todos los años para salvar el medio ambiente.

—Espera —añadió Joley—. También puedes dejar de ayudar para salvar la selva tropical. Eso te proporcionaría mucho tiempo para ser una chica mala.

Libby le dio una patada a su hermana con extraordinaria dulzura.

—Os estáis riendo de mí.

—No, no es cierto —replicó Joley inmediatamente—. Me encantas tal y como eres ahora. Sólo tienes que aceptar que no hay ni una pizca de maldad en tu cuerpo. Ésa es la razón por la que no hay nadie a quien desees enviar con un cohete a la Luna.

—A Jonas —intervino Hannah—. Porque es muy mandón.

—A Hannah —comentó Jonas al mismo tiempo—. Porque desea tanto llamar la atención que siempre muestra su cuerpo a todos los que deseen verlo.

—Soy modelo, sapo —replicó Hannah—. Yo no muestro mi cuerpo, muestro la ropa.

—Y lo haces extraordinariamente bien —intervino Kate, lanzándole un beso—. Secundaré la opción de enviar a Jonas por ser desagradable con Hannah.

—No es justo que os confabuléis contra mí —protestó Jonas—. Ha empezado ella.

—Lo habéis dicho a la vez —señaló Kate.

—Yo lo he dicho porque sabía qué iba a decir ella.

—A Jackson Deveau. —Elle escogió a uno de los ayudantes del sheriff—. Porque me irrita hasta límites insospechados.

—A Ilya Prakenskii —añadió Joley un segundo después—. Porque es necesario que salga del planeta y es simplemente espeluznante. —Se frotó la palma de la mano como si le picara.

—A Frank Warner por romperle el corazón a Inez —comentó Sarah.

—No puedo decir que desee enviar a Sylvia Fredrickson porque se ha reformado —añadió Abigail—, así que, por esta vez, me uno a la opción de Joley.

Todo el mundo miró a Libby, que suspiró al sentir el peso de todas las miradas.

—A Jonas no. Es mandón, pero en lo más profundo de su corazón sólo quiere lo mejor para nosotras.

Hannah puso los ojos en blanco cuando Jonas le dio un codazo.

—Desde luego, a Jackson tampoco. Sinceramente, Elle, ¿cómo puede irritarte si el pobre hombre nunca habla? Ilya Prakenskii nos ayudó, Joley, y Frank está en la cárcel pagando por sus crímenes. Inez está dolida, sí, pero es una mujer fuerte y comprende que la gente comete errores.

—Entonces, ¿a quién enviarías con un cohete a la Luna? —la animó Joley.

—Estoy pensando —Libby bebió de su té con el ceño fruncido—. Había una enfermera que siempre se reía de mí. Decía que estaba plana y que no era en absoluto atractiva.

Hannah se irguió.

—¿Quién es? Le diré una o dos cosas.

La estancia se cargó con una repentina tensión y el té empezó a hervir en las tazas.

Libby meneó la cabeza.

—No, pobrecilla, tenía una vida tan horrible. Tenía tantos problemas que no es de extrañar que fuera algo desagradable. En realidad, me daba pena.

Las hermanas Drake soplaron en sus tazas de té antes de intercambiar miradas, pero Libby fruncía el ceño concentrada.

—Pensaré en alguien.

—Asúmelo, Libby, no puedes pensar en nadie porque no eres mala.

Libby agachó la cabeza.

—Se me ocurre una persona. Coincidió conmigo en la escuela varias veces y estaba en todos los programas intensivos. Incluso coincidió conmigo en Harvard. —Levantó la mirada hacia sus hermanas—. Sus notas eran mejores que las mías.

Jonas le sonrió.

—Apuesto a que te cabreaba mucho.

—No era sólo eso, Jonas, él no cree en la magia. Cree que mentimos sobre nuestros dones y que los miembros de mi familia somos charlatanes y estafadores. Es muy arrogante y obstinado.

—Bien, pon su nombre en el cohete para la Luna, hermana —insistió Elle.

Libby suspiró.

—El problema es que tiene un cerebro increíble y el mundo realmente lo necesita. Ya ha ganado un Premio Nobel en Medicina. Y aunque no se mueva por los motivos correctos, tiene un gran talento.

—¿Sólo busca la fama? —preguntó Kate.

—No, no le podría importar menos la publicidad. Es una verdadera rata de laboratorio. Lo único que le importa es la ciencia. Bueno, la ciencia y la adrenalina.

—Estás hablando de Tyson Derrick —supuso Jonas—. Está loco. Cuando no está trabajando en el laboratorio, trabaja para los forestales. Es un adicto total a la adrenalina. Paracaidismo, carreras, motocicletas, *rafting*, sea lo que sea, ahí está él.

—No tiene derecho a poner en peligro su genio —afirmó Libby.

—No lo has puesto en el cohete —remarcó Joley.

Libby se ruborizó. El rubor le subió por el cuello e inundó su cara, transformando el color de su piel en un

rojo brillante. Escarlata. Carmesí. Aquélla era su cruz, eso y estar plana.

—Ajá —exclamó Joley—. Creo que tu Tyson Derrick es un bomboncito. Lo es, ¿verdad, Jonas?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —objetó Jonas—. Yo ni lo miro a menos que sea para detenerlo por exceso de velocidad y ponerle una multa.

—¿Conduce rápido? —preguntó Libby, mientras se abanicaba discretamente.

—Con la moto o con el coche. Ese hombre no conoce el significado de las palabras «reducir la velocidad».

—No está mal —reconoció Sarah—, pero es insoponible. No sabe mantener una conversación educada. Lo he visto levantarse de repente en medio de una cita doble con su primo y marcharse sin más, sin dar ninguna explicación, dejando a Sam allí sentado con dos mujeres realmente enfadadas. Simplemente le da igual.

—Si no hablara, sería un bombón —admitió Libby, pero no reconocería nada más porque sospechaba que su deseo sexual no era normal, ya que la única vez que verdaderamente sintió su efecto fue con Tyson Derrick y, en esa ocasión, su libido metió la superdirecta. Nunca lo olvidaría. Así que se negaba en rotundo a meterlo en un cohete en dirección a la Luna, no hasta que hubiera tenido la oportunidad de acostarse con él. Y eso no sucedería nunca porque era un estúpido detestable y engreído. Nunca, nunca le confesaría a nadie que soñaba con él, porque era humillante sentirse atraída por alguien que tenía una opinión tan baja de ella. Además, ese hombre era totalmente lo opuesto a todo aquello que Libby defendía y valoraba.

—¿Qué ha pasado esta noche, Jonas? —Elle cambió de tema bruscamente—. Estás preocupado por algo.

La sonrisa desapareció del rostro del sheriff.

—No querréis que hable de trabajo.

—Éste es el mejor sitio para hacerlo.

Jonas suspiró y tomó un sorbo de té. Aquel brebaje

siempre parecía calmarlo, o quizá era el simple hecho de estar cerca de las siete hermanas.

—Salimos a atender un aviso esta noche. Un vecino dijo que había oído gritos. Un hombre de cuarenta años ha estado cuidando de su madre enferma. Ha estado cobrando su pensión, pero estaba matándola de hambre y la golpeaba si le molestaba. Tenía montado todo un teatro de primera en casa, y mantenía a su madre en la habitación de atrás con ropa sucia y sin comida ni agua. Deseé... —Se interrumpió, recorriendo la estancia con la mirada—. Lo siento. Sé que todas podéis sentir lo que estoy sintiendo e intento mantenerlo bajo control, pero... —Se calló y encogió levemente los hombros.

Hannah y Elle le apoyaron sendas manos en la rodilla. Libby se inclinó e hizo lo mismo. Sarah y Kate le tocaron los hombros mientras Abigail y Joley le rodearon el brazo con los dedos. De inmediato, Jonas sintió el flujo de calor, de una familia, que lo inundaba.

—No tenéis que hacer eso —insistió—. No he venido aquí para que gastéis vuestra energía en mí. Sólo necesitaba estar con vosotras. Esperaba que tía Carol y vuestros padres hubieran vuelto.

—No, decidieron tomarse unos cuantos días más de descanso y hacer un viaje por la tierra del vino. El valle de Napa está muy hermoso en esta época del año, y pensaron que podían aprovechar las circunstancias y disfrutar del paisaje —le explicó Kate.

—Es más probable que lo que necesiten sea alejarse una temporadita de nosotras —comentó Joley—. Tía Carol trajo a casa un par de revistas, ya sabéis, esas con las últimas primicias sobre la rebelde cantante, Joley Drake. Creo que se supone que estoy en una clínica de rehabilitación esta semana.

—Eso fue la semana pasada —le corrigió Elle—. Ésta te arrestaron por destrozar la habitación de un hotel.

—¿En serio? —Joley parecía complacida.

—Yo quiero destrozar la habitación de un hotel —intervino Libby—. Bueno. Quizá no. En realidad, no quiero destrozar la propiedad de otra persona.

—¿Aún estoy en prisión? —preguntó Joley esperanzada.

—No. Tu último amante pagó la fianza por ti. Por si no te acuerdas de él, te diré que tiene el pelo más largo que tú, una barba desaliñada y toca en una banda de *heavy metal*.

—La verdad es que no llegué a conocerlo —comentó Joley—, pero coincidimos en el mismo hotel durante cinco minutos. Debe de ser rápido cuando se pone en acción y, desde luego, ni hablar de preliminares.

—Últimamente, las revistas están muy interesadas en ti, Joley —comentó Sarah.

Joley suspiró.

—Lo sé. Con un poco de suerte, se les pasará pronto.

—Nunca he entendido por qué no demandas a esos periodistas cuando inventan tantas mentiras sobre ti, Joley —intervino Jonas—. Me enfurece.

—Al principio me enfadaba y me dolía, y también me preocupaba que mi familia tuviera que leer mentiras verdaderamente horribles, o incluso que los entrevistaran o les hicieran preguntas sobre mí, pero he aprendido a vivir con ello. Hay tantos locos ahí fuera, Jonas, pero supongo que tú ya sabes eso.

—Por desgracia, sí. Hablé con Douglas sobre tu seguridad en este último concierto —añadió Jonas—. Permitieron que alguien subiera al escenario. Cuando me enteré, no podía creerlo. Si hubiera sido alguien con intención de hacerte daño, todo se habría acabado. —Su voz volvía a sonar adusta.

—Tan sólo era un fan demasiado entusiasta, Jonas. —Joley intentó tranquilizarlo—. La gente de seguridad se lo llevó y a mí no me pasó nada. —Le había afectado, pero no iba a reconocerlo ante él. Cantar ante treinta mil personas era fácil, pero tratar con acosadores, fans enloquecidos y *paparazzi* podía ser muy estresante.

—Bueno... —Elle vaciló, mordiéndose el labio inferior—. Había más cosas en esa revista. —Miró a Libby—. ¿Recuerdas ese incidente hace un par de meses cuando curaste a ese niño y los padres contaron su historia milagrosa?

Libby asintió. La revista había publicado una foto de ella a toda página. Afortunadamente, el artículo era tan teatral que estaba segura de que la mayoría de la gente no lo creería.

—Otro reportero entrevistó a los padres e investigó un poco. Además, encontró a unos cuantos pacientes más que deseaban cantar sus alabanzas sobre ti. Uno de ellos era Irene Madison.

—Imposible —exclamó Sarah—. Irene nunca traicionaría a Libby.

—Estaba muy preocupada la última vez que fuimos a ver a su hijo, Sarah —señaló Hannah—. Seguía insistiendo en que Libby curara la leucemia de Drew. Libby le dio más tiempo, pero Irene quiere que lo cure.

—La revista le pagó —añadió Elle.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Jonas.

Elle simplemente lo miró y Jonas levantó las manos en un gesto de rendición.

—Perdona por la pregunta.

Libby se frotó las sienes repentinamente palpitantes.

—Debería haberlo sabido. Hoy ha venido a verme un tipo al trabajo. Iba bien vestido, con traje, se notaba que no era de aquí y quería que su jefe y yo concertáramos una cita.

La leve sonrisa se borró del rostro de Jonas, que se acercó más a ella.

—¿Quién era?

—Ésa es la cuestión. No lo sé, aunque reconocí el nombre de su jefe. Edward Martinelli. Es un pez gordo en el mundo de las farmacéuticas, pero tiene cierta reputación. Siempre hay rumores sobre él y la gente que respalda a su compañía. Cuando le dije a aquel hombre que estaba de-

masiado ocupada, me sentí amenazada, aunque realmente no dijo nada intimidante. Mencionó a mi familia, en concreto a Hannah, dijo que era hermosa y muy conocida.

—Maldita sea, Libby, ¿cuándo pensabas comentarme esa pequeña charla? —espetó Jonas—. Deberías haberme explicado inmediatamente.

—Informé del incidente al personal de seguridad del hospital... y a mis hermanas —respondió Libby—. Tampoco es que me amenazara a mí... o a Hannah. ¿Qué iba a decirle a la policía?

—A la policía, no; a mí —la corrigió Jonas—. Tenías que contármelo a mí.

—La verdad, no es que esto sea algo nuevo —se defendió Libby—. De hecho, a los periodicuchos de cotilleos les encanta publicar artículos sobre la «curandera» o la «obradoradora de milagros» cuando tienen un día flojo. —Pasó una mano por la mata de pelo oscuro que caía alrededor de su rostro—. Pero tenía la esperanza de que no volviera a suceder en mucho tiempo.

—Martinelli está vinculado con una familia del crimen de Chicago. Aunque él lleva unos cuantos años en San Francisco con su compañía y parece ser que se ha mantenido totalmente limpio, su familia ha sido investigada muchas veces.

—Quizá él sea realmente legal —comentó Libby—. Si nadie ha sido capaz de encontrar algo que lo inculpe, quizá sea un hombre de negocios con unos desafortunados vínculos familiares. Todos tenemos trapos sucios que queremos esconder.

—Entonces, ¿por qué enviaría a alguien para que amenazara a Hannah si tú no cooperas con él?

—No la amenazó —repitió Libby—. Yo estaba cansada, Jonas. Arrastraba un turno de dieciocho horas y no me hizo especial ilusión que apareciera un desconocido exigiéndome que concertara una cita con su jefe. No quiso decirme que quería Martinelli, pero cuando le informé de

que yo no llevaba a cabo ensayos, me explicó que no tenía nada que ver con su compañía. Quizá estaba tan cansada que no lo entendí bien.

—Voy a vigilar a Martinelli muy de cerca. No tenía ningún motivo para mencionar a Hannah. ¿Alguna vez has visto la cantidad de chiflados que le escriben cartas amenazadoras? Tras ella van tantos o más chiflados que tras Joley.

—Qué suerte, la mía. Por cierto, ¿cómo es que has visto esas cartas? —preguntó Hannah.

—Como sé que eres demasiado testaruda para entregármelas a mí, tengo un acuerdo con tu equipo de seguridad y tu agente.

—Genial. ¿Alguna vez has oído hablar de la intimidación?

—Supéralo, muñequita. Nunca seré políticamente correcto. Cuando crea que es necesario protegeros a una de vosotras, tendréis protección lo queráis o no.

Las hermanas Drake intercambiaron unas leves sonrisas.

—Se te da tan bien eso de golpearle el pecho como un verdadero macho —comentó Joley—. Te lo juro, Jonas, estoy a punto de desmayarme.

—Nadie te culparía. —Jonas cerró los ojos, en absoluto intimidado por las mujeres que lo rodeaban.

Hannah agitó las manos para apagar las luces y encender las velas.

—¿Nunca te cansas de ser tan arrogante y autoritario, Jonas?

—No. Tengo que cargar con las siete y alguien debe tener cerebro.

Sarah le golpeó con un cojín.

—Tienes suerte de que te queramos, de lo contrario, permitiríamos que Hannah te convirtiera en un sapo.

—Ya lo ha intentado, pero no funcionó. Tengo un *sex-appeal* demasiado potente. Por cierto, ¿dónde están los hombres ya condenados esta noche? —preguntó Jonas, recostándose con las manos unidas detrás de la cabeza—. ¿Han salido huyendo?

—Era una reunión sólo de chicas —le respondió Sarah con una leve sonrisita—. Nada de prometidos. Sólo hermanas.

Jonas gruñó, abriendo los ojos lo suficiente para lanzarles una mirada furiosa.

—Podrías habérmelo dicho. De ésta no se van a olvidar en mucho tiempo y serán despiadados.

—Y te lo tendrás bien merecido —comentó Hannah—. Porque, en realidad, sólo has venido para acosarnos y comer galletas.

—Qué gran verdad —asintió él—. Siempre hace que me sienta mejor. Pero Kate le ha echado el guante a la última con esa capa de mantequilla tan buena. ¿Cuándo es la boda? Estoy empezando a pensar que no vais a celebrarla y que os quedáis en Sea Haven para molestarme.

—Es el principal objetivo de mi vida —asintió Hannah.

—Aleksandr quiere que nos fuguemos —confesó Abigail—. No quiere esperar a la boda del siglo. Cree que es una locura y que deberíamos casarnos discretamente.

—¿Discretamente? —Jonas emitió un sonido grosero y burlón—. La boda del siglo va a ser todo un circo. ¿No se da cuenta de que, si no invitáis a todo el pueblo, habrá gente dolida?

—De ahí la idea de fugarnos.

—Yo creo que tú también deseas fugarte —señaló Sarah—. Nunca te han gustado las multitudes, Abbey.

Abigail agachó la cabeza.

—Mamá y papá se sentirían tan decepcionados. Vendrán todos nuestros parientes y será un gran acontecimiento.

Kate le apoyó una mano en el brazo.

—Eso da igual. Se trata de tu boda. Si quieres algo muy discreto, podemos traer a escondidas a un pastor y celebrarla aquí mismo con papá, mamá, tía Carol y nosotras como únicos invitados.

Jonas levantó la mano.

—Le patearé el culo a Aleksandr si no me incluí a mí, Abbey, pero estoy totalmente de acuerdo con eso, porque él se siente tan incómodo como tú con una gran boda.

Abigail dejó escapar el aire.

—¿Creéis que se molestarán mucho papá y mamá?

Elle se tumbó bocabajo junto a Jonas.

—Mamá ya sabe que tú no deseas una gran boda y estoy segura de que se lo ha comentado a papá. Abbey, ellos quieren que te sientas feliz y no desgraciada en un día tan importante. Deberías saberlo.

—Es sólo que mamá parece tan feliz planeando las bodas.

—Yo estoy torturando a Damon —intervino Sarah—. Va a tener que hacer esto porque yo siempre he deseado una gran boda y él necesita darse cuenta de que la gente de Sea Haven es importante para mí.

—Principalmente, a ti lo que te gusta es torturarlo —comentó Jonas—. ¿Y qué hay de Matt, Kate? ¿Le parece bien lo de la gran boda?

Kate esbozó una leve sonrisa.

—Su madre está en el séptimo cielo. Y quiere nietos en seguida. Nos dijo que saliéramos y nos multiplicáramos. Rápidamente. Nunca había visto a nadie tan impaciente por tener nietos. Incluso ya ha hecho que le construyan un parque infantil en su casa. Así que no quisiera arrebatarse ese gran momento, ni tampoco Matt. Contigo es diferente, Abbey, tú no tienes a nadie más a quien complacer. Yo opino que deberíais celebrar una pequeña boda íntima aquí mismo. Podemos mantenerlo en secreto.

—Yo compondré la música —se ofreció Joley.

—Yo puedo hacer la comida, incluyendo el pastel de bodas —añadió Hannah—. De ese modo, nadie ajeno a la familia se enterará de nada.

—Yo decoraré la casa —intervino Kate—. Y Matt me ayudará.

El rostro de Abigail se iluminó.

—¿Estáis seguras de que mamá y papá no se molestarán? —Miró a Elle cuando hizo la pregunta.

La hermana Drake más joven se encogió de hombros.

—Están esperando a que les digas que quieres una pequeña ceremonia íntima. Todas debéis recordar que mamá y tía Carol también cuentan con sus dones. De hecho, mamá dispone de todos ellos —les recordó Elle en voz baja.

Joley hizo una mueca.

—Ya lo creo. Mamá siempre sabía que iba a salir a hurtadillas de casa antes de que lo intentara. Sarah, vas a tener tanta suerte cuando tengas hijos. Nunca podrán salirse con la suya. En cambio, los míos serían como yo, así que no pienso ser madre. El mundo, y sobre todo yo, no podría soportarlo.

—Tendrás hijos, Joley —afirmó Sarah.

—¿Cómo? No pienso dejar que ningún hombre idiota me cace. —Joley meneó la cabeza con firmeza—. No soporto el autoritarismo. Y si son hombres que dicen a todo que sí, me aburro tanto que me entran ganas de gritar. No hay un término medio para mí, así que estoy condenada a quedarme sola.

Jonas resopló burlonamente.

—No pareces muy triste al respecto.

—¿Querrías tú vivir con alguien como tú? —preguntó Joley.

—Yo soy perfecto —declaró Jonas.

—Un hombre varonil —se burló Sarah.

—Exacto, nena.

—Voy a convertirte en un sapo —intervino Hannah—. Nadie podría vivir con tu arrogancia y tu autoritarismo. Intimidarías a tu pobre esposa y tus hijos saldrían corriendo.

—Mi pobre esposa se mantendría con la ropa puesta delante de otros hombres y del mundo en general, y sólo se la quitaría para mí —dijo.

—¿Por qué insistes en que me quito la ropa? Yo llevo ropa, me la pongo y la luzco, ése es mi trabajo.

—Inez encarga todas las revistas en las que eres portada, muñequita, y no estoy seguro de que lleves ropa de verdad durante la mayor parte del tiempo. ¿Cuándo vas a buscarte un trabajo como Dios manda?

Hannah apartó la vista de Jonas. Al observar el gesto de su hermana, Elle y Libby apoyaron inmediatamente una mano sobre ella haciendo que el calor y la energía fluyeran en su interior. Sarah, por su parte, le dio una patada al sheriff.

—Vete a casa. Estás haciendo que todas nos irrite-mos, y estoy segura de que no querrás que nos enfademos contigo.

Jonas se levantó despacio.

—Ya estáis protegiendo de nuevo a la Barbie, pues que sepáis que no le estáis haciendo ningún favor. Ella sabe que no podrá vivir de su imagen eternamente.

Hannah se estremeció visiblemente. Le temblaban las manos y apretó los puños para controlarlas.

Elle se puso de pie, su cuerpo menudo parecía aún más pequeño frente al de Jonas, que era mucho más grande.

—¿Sabes, Jonas?, si no supiera las cosas que sé sobre ti, que tus intenciones son las mejores, yo misma te patearía el culo. Vete. Y hazlo ya. —Su melena pelirroja crepité con la electricidad, y en la oscurecida estancia pareció que su cuerpo irradiara luz, como si toda la energía que había en su interior buscara una vía de escape. De repente, las paredes de la casa se expandieron y se contrajeron, y el suelo se movió levemente bajo sus pies.

Jonas la miró ceñudo, sin parecer intimidado en lo más mínimo.

—Me da igual lo que sepas, Elle. Y no me amenazas.

—No te estoy amenazando. Si lo hiciera, no estarías aquí de pie, estarías corriendo para salvar la vida. En caso de que todavía no te hayas dado cuenta, te diré que no me

resulta fácil ser quien soy. ¿Crees que deseo saber lo que todo el mundo piensa o siente en cualquier momento? ¿Crees que es fácil tener un temperamento normal, como el resto del mundo, pero que sea tan peligroso que no me atreva a expresar mi ira?

—Lo estás haciendo ahora mismo.

—Eso es porque te quiero y nunca te haría daño por accidente, pero yo no quiero a todo el mundo, idiota. Vete antes de que la casa se parta en dos, y mamá y papá se caeren de verdad conmigo.

—¿Puedes hacer eso? ¿Partir por la mitad la casa?

—¿No te parece que puedo hacerlo? —repuso Elle, señalando las paredes.

Sus hermanas se habían levantado y la rodeaban, Libby tenía las manos apoyadas en los hombros de su hermana pequeña para que su calidez sanadora fluyera en la gran masa de energía bullente. Finalmente, Elle se inclinó hacia atrás para que pudiera rodearla con los brazos.

—Te resulta cada vez más duro, ¿verdad? —susurró Libby.

Elle asintió y se volvió para sumergir el rostro en el hombro de Libby.

—No sé qué voy a hacer.

Jonas se acercó y rodeó a ambas hermanas con los brazos.

—Lo siento, Elle. Yo nunca haría tu vida más dura si pudiera evitarlo. No puedo dejar de ser quien soy, por mucho que lo desee por ti.

Elle le dirigió una débil sonrisa.

—Sé que lo harías, Jonas. Me siento muy afortunada de que formes parte de mi familia.

Libby le frotó la espalda a su hermana mientras observaba a Jonas marcharse. El viento entró soplando cuando abrió la puerta, haciendo que las llamas de las velas bailaran y se agitaran violentamente, proyectando sombras en las paredes. A Libby no le gustó el modo en que las som-

bras saltaron como si intentaran alcanzar a las Drake, alargando unas manos como garras. Miró inquieta a Sarah, la mayor de ellas, y vio el mismo reconocimiento en sus ojos. Hannah y Elle intercambiaron otra larga mirada de aprensión mientras Libby tensaba los brazos alrededor de su hermana para estrecharla contra sí y, de ese modo, reconfortarse a sí misma y a Elle.